

El Universal Ilustrado cumple cien años

Testigo de una época

Verónica González Laporte

El periódico El Universal alcanzó a finales del año pasado su primera centuria de existencia, durante la cual se ha colocado como un punto de referencia para la discusión de los asuntos públicos del país. Uno de los puntales en esta travesía fue el suplemento El Universal Ilustrado, de cuya fundación se cumple un siglo este 2017 y que sirvió como escaparate a importantes plumas de las letras mexicanas.

El Universal cumplió, en octubre de 2016, su primer centenario. Su fundador, Félix Fulgencio Palavicini, quien había sido secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes de Venustiano Carranza y miembro del Congreso Constituyente de Querétaro, tenía una idea precisa de lo que debía ser un diario. Se inspiró en otros periódicos prestigiosos publicados en Inglaterra, Estados Unidos, Francia y España. Analizó los formatos y contenidos, la relación del lector con el medio impreso y el manejo de las noticias en un país que aún se hallaba empantanado en un conflicto social sin precedentes. Para poder saciar la sed de información de sus lectores, Palavicini se inscribió a agencias de noticias internacionales, contrató fotógrafos e ilustradores, periodistas y escritores capaces de ofrecer reportajes y ensayos que incitaran a su público a la reflexión. Luego instaló sus oficinas en la calle de Francisco I. Madero 36, nombró jefe de redacción a Carlos González Peña y ofreció a sus clientes una suscripción anual de cinco pesos. Con una rotativa ultramoderna, *El Uni-*

versal prometía una capacidad de tiraje de unos 50 mil ejemplares en una hora. Aun cuando tendría un serio competidor, el periódico *Excelsior* fundado por Rafael Alducín en 1917, pronto llegó a ser uno de los diarios más populares del país y el primero en ofrecer una edición vespertina.

El Universal, “El Diario Político de la Mañana”, defensor de la libre expresión, precursor de valores como la no reelección y la igualdad de las mujeres, nació en un México cuyas instituciones estaban en formación. La Constitución de febrero de 1917 abrió nuevos horizontes de participación política: era indispensable fraguar un proyecto democrático en una sociedad harta de balas y de levantamientos entre villistas, zapatistas y carrancistas. Para cuando Álvaro Obregón llegó al poder, muchos de sus opositores políticos habían sido asesinados o descartados. A pesar de la fragilidad de su régimen, las instituciones ganaron solidez y un amplio organigrama burocrático. Surgieron sindicatos, como la Confederación Regional Obrera

Mexicana (CROM), y partidos, como el comunista. Con José Vasconcelos, designado secretario de Educación Pública en 1921, el país ganó un nuevo promotor de la cultura, quien se dedicó con ahínco a imprimir obras y distribuirlas por todo el territorio; se congració con los literatos, apegados todavía a los ideales de la Revolución, a quienes ofreció un sueldo digno, como Ramón Alva de la Canal, Jean Charlot y Fernando Leal. Fue la época de los manifiestos, emitidos tanto por los grupos de poder como por sus detractores. Circulaban en la capital panfletos, folletines y textos cortos —muchos anónimos— impresos en papel barato que pretendían darle voz al pueblo.

El visionario dueño de *El Universal* hizo tanto ruido como pudo, tanto ruido como harían los estridentistas unos años después entre sus páginas. Promovió el “Aviso Oportuno”, donde se prometía al anunciante recuperar su inversión, ya fuera a través de un sueldo o de un matrimonio, “muchacha bien parecida desea hombre joven acomodado” o “busco señora rica y soltera para cubrirla de amor y juventud”. Inició también una larga tradición de sorteos: en 1920 se trataba de un coche Essex, con valor de cinco mil pesos. Para dar a conocer al diario aún mejor, Palavicini y su equipo organizaron a lo largo de varios años todo tipo de concursos: la mejor obrera, la señorita más simpática del país, la india más bonita, la Cenicienta mexicana... O lanzaron convocatorias a sus lectores para averiguar sus preferencias y elegir, por ejemplo, a la mejor actriz de cine del año. Para ello el lector debía asistir con fidelidad al cine Olimpia, que solía decorar su *lobby* con un cebo de estreno: un buque de papel maché, un camello disecado o un auto de hojalata. El concurso de la mejor película de 1923 lo ganó *Robin Hood*, de Allan Dwan, a pesar de haber competido con *El Sheik*, con Rodolfo Valentino, y el ganador se va a llevar... se va a llevar... ¡se llevó un radio Westinghouse! Las piernudas *chorus girls* del periódico bailaban en los foros más concurridos de la capital con atuendos cortísimos, confeccionados con planas del periódico y gorritos bicornios, como los niños voceadores.

En junio de 1921 se publicó la maqueta de las que serían las nuevas oficinas de la “Catedral de la prensa”, un ambicioso edificio de inspiración parisina, obra del arquitecto Roberto S. Rodríguez, en el mismo lugar donde se encuentra hoy, en la avenida Bucareli. Palavicini había logrado hacer de *El Universal* el gran diario de México.

EL UNIVERSAL ILUSTRADO, ENTRE PLUMAS Y PERLAS

El Universal Ilustrado. Semanario artístico popular salió de las rotativas por primera vez el 11 de mayo de 1917,

con la fotografía de una trajinera en Xochimilco en la portada, tomada por Carlos Muñana. Su tipografía *art nouveau* de lo más elegante, enmarcaba con flores, pájaros y frutas, cada uno de sus títulos y viñetas.

Las revistas ilustradas surgieron en México desde mediados del siglo XIX. La prensa a color vio la luz en 1911; la prensa ilustrada del Porfiriato desapareció tres años después, y la única sobreviviente, fundada en 1910, era la *Revista de Revistas*.

Por su variado contenido y su vasta apertura a diversas corrientes, *El Universal Ilustrado* ha sido considerado uno de los *magazines* culturales más importantes del país. Su formato le permitió ser publicado como suplemento cada jueves, de 1917 a 1940.

Desde su primer número, el semanario buscó ofrecer a sus clientes un amplio panorama. En 1917 se dividía en varias secciones; destacaban un editorial del jefe de redacción, Carlos González Peña, “Al margen de la semana”, en donde lo mismo se hablaba de teatro que de literatura; una columna de Antonio Caso, “Doctrinas e ideas”, con ensayos sobre diversos temas, de la filosofía francesa a los mitos prehispánicos. El compositor Gustavo E. Campa hablaba de música y seleccionaba una partitura para cada número, así los lectores podían aprender a tocar los ritmos a la moda, ya fueran *fox-trot* o danzón. El historiador Luis González Obregón, discípulo de Ignacio Manuel Altamirano, deleitaba a sus lectores con anécdotas históricas sobre las calles de la capital, una cena en el siglo XVI o costumbres del virreinato. La revista incluía también notas sociales, entrevistas, efemérides, deportes, anuncios, modas, artes plásticas, manualidades, espectáculos, paseos por la ciudad —por la aristocrática colonia Roma o la arbolada Santa María, “¿gusta usted del aire puro en un día de campo soleado?, ¿quiere usted volver a enamorarse? No deje de visitarnos en el restaurante San Ángel Inn”—. Las fotografías estaban a cargo de Ismael Casasola y Carlos Muñana, quienes paseaban con su cámara Graflex por todos los rincones del país. Casasola era un aficionado de las escenas urbanas: los puestos ambulantes, la gente que bebía directamente de la fuente o acarrea el agua de la misma, el “vaseo” o brindis frente a la cantina, los barberos ambulantes... Clichés tomados para *El Universal* que, con el tiempo, habrían de convertirse en clásicos de la fotografía nacional. Los reportajes se hallaban bajo la batuta de Rafael Pérez Taylor, alias Hipólito Seijas, quien disfrutaba particularmente de entrevistar a poetas y pintores, y de María Luisa Ross, quien además de relevar a Seijas en algunos números —más tarde habría de ascender a directora de la revista—, se dedicaba a aconsejar a las lectoras sobre los quehaceres del hogar o la higiene dental de los infantes. Antonio Quijano y Ernesto García Cabral, “El Chango”,

se ocupaban de las ilustraciones y de muchas de las viñetas que acompañaban los poemas de José D. Frías, Ramón López Velarde, Enrique González Martínez, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Leopoldo Lugones, Alfonso Reyes o Francisco Monterde García Icazbalceta, por nombrar algunos.

La revista anunciaba lo mismo collares perfumados de flores comprimidas (de 95 centavos a 3.60 pesos) con el *coiffeur* francés Godefroy, que los zapatos para caballero “Craftsman”. Los sombreros “Tardan” competían con los de “La Vencedora”, y nadie era “totalmente Palacio”, porque en “El Palacio de Hierro. ‘La tienda de todos’” se compraban sólidos muebles para baño. Los *trousseaux* de novia, recién llegados de París, se adquirían en “Al Puerto de Veracruz”. “Lov’me” era el perfume de moda; “Nuxifierro”, un reconstituyente poderoso y el “Agon”, preparación italiana, un efectivo remedio contra la gonorrea. ¿Tiene usted que hacer aguas a cada momento? ¡“Pastillas Renaluricas”! ¿Quiere usted tener el pelo más brillante que el de una sirena? ¡Tónico capilar “Danderina”! Entonces el pan costaba 16 centavos la libra, la mantequilla y los huevos 75, un par de buenos zapatos alrededor de seis pesos. Un reloj de chapa de oro se podía conseguir a un peso, en rebaja. Por tres pesos y 25 centavos uno podía tomar un tren en la estación de Buenavista y viajar en primera clase hasta San Juan Teotihuacán para ver las pirámides. Un ajuar de novia de lujo costaba 250 pesos y si el novio era corto de imaginación podía adquirirlo todo —menos la suegra— por mil 500: sala, comedor y recámara estilo Luis XV. La fórmula del Doctor Carnol prometía a sus pacientes hacerlas engordar de 3 a 8 kilos en pocos días —dichosos los tiempos en que las carnes femeninas eran apreciadas y las mujeres no debíamos someternos como hoy a curas de jugos, píldoras para adelgazar o ampollitas desintoxicantes—. Las pistolas automáticas, con cache de nácar para señoritas, eran una “invención prodigiosa” y los rifles “Stevens” para niños, una herramienta indispensable.

Una sección de sociales, “La vida que pasa: notas nacionales” (o “La vida que pasa: notas internacionales”), se dedicaba a los acontecimientos políticos y diplomáticos del país: un reportaje sobre el presidente Venustiano Carranza llegando a Palacio Nacional, la boda de su hija Virginia celebrada en agosto de 1917, o la entrega de cartas credenciales del embajador de Cuba... Acaso surgía algún entierro, por no dejar —destacan los funerales del mismo Carranza, del torero Joselito y de Carlos Muñana—. Se dedicaba también un espacio a las verbenas y recepciones en los centros culturales o deportivos, a los juegos florales, los desfiles de carros alegóricos, las kermeses o las fiestas de cumpleaños de los retoños de los altos funcionarios —como el baile de fantasía del hijito del secretario de Relacio-



nes Exteriores, Albertito Pani, en abril de 1920—. Las señoritas de buena familia jugaban tenis e ingresaban a los equipos femeninos de básquetbol, con amplias faldas largas y zapatos de lona.

En los llanos de la colonia Condesa, en lo que poco después habría de convertirse en el Hipódromo, se llevaban a cabo carreras de autos descapotables. Lo más granado de la sociedad apostaba en las ventanillas de un elegante edificio de herrería blanca inspirado en la Torre Eiffel. Clic, foto de un conductor con lentes de aviador y gorro de cuero que le cubría las orejas. Clic, cliché de una dama con ancho sombrero de plumas blancas y sombrilla de seda contemplando los autos Ford de rines cromados. Clic, al pie del Ángel de la Independencia daba inicio la caza de la zorra. Encarnada en una señora que llevaba una cola del animal atada al brazo, la “zorra” cabalgaba con destreza de amazona. Era perseguida por caballeros a galope. A ellos se les complicaba la faena por medio de obstáculos, barreras de ladrillo o madera, diseminados entre los magueyes que crecían a los costados del Paseo de la Reforma. Se publicaban en cada número de *El Universal Ilustrado* reseñas y crónicas de lo que acontecía en París, en sus cabarets, teatros o cafés. El Porfiriato había



I G U A Z U

(Especial para EL UNIVERSAL ILUSTRADO)

A GUA de América.
 AGUA salvaje, agua tremenda,
 mi voluntad se echó a tus ruidos
 como la luz sobre la selva.

AGUA poderosa y terrible,
 tu trueno es el mensajero
 de las raras muertes y la gran raza viva
 que alzará en tiempos próximos la pirámide
 de las renovaciones cívicas.

Desde los anfiteatros donde toca tu co-
 queta
 se desvelan las ráfagas sinfónicas
 de la gracia y de la fuerza.
 Y así donde México, siglo
 creyendo que las aguas de América
 caen tan cerca de mi corazón,
 como la sangre de las liturgias astecas.

La misma que frente al Tequendama
 cuya catarata pasó por más propias ar-
 terias,
 ante tí el motor de mi ser centuplica
 la libertad heroica de sus ansias
 y enciende la voz del alvido
 sobre sus horas trágicas.

Las aguas grandes del Señor
 huminan la sombra de las almas,
 y cantan las aguas la leyenda
 de la selva que camina por las montañas:
 de las maderas ágiles que llegan
 a plantar los paltajes coronados de pájaros
 con sus banderas verdes y sus bejacos
 largos.

PON
 CARLOS
 PELLICER
 CAMARA

DIBUJO DE BOLAÑOS COCHIO

El arca del Iguazú se derrumba a gran-
 des gritos
 o cae en simple melodía;
 sumera el infinito
 igual es una catedral que en locas griterías.
 Se echa abajo rodando en franjas
 gruesas
 o se deshila sutilmente;
 echa a rodar dos mil cabezas
 o aligera el destino de una frente.

Está cañoneando al abismo
 con su gritería sin tregua.
 En otro salto brinca como un niño
 y en otro salto solamente sueña.

El río da cincuenta saltos
 y en cada salto tiene una voz diversa.

Iguazú, Iguazú, Iguazú, Iguazú.
 Con tambores gigantes llama a reunión a
 la selva,
 con violines agudos atrae a la polcastrina.

En su mayor toca un gran piano más bajo,
 se inclina sobre los follajes como una lina
 que conquista al hombre o al huero
 y en las galgas de abajo toca sus dadas
 líquidas.

Agua del Iguazú, agua grande, agua
 soberbia,
 mi voluntad será como la tuya,
 numerosa y fanática,
 sin temores ni escrúpulos.

Acampará a tu vera para elogiar tu
 madura
 de las aguas de América,
 retornará al instante que hizo brotar un
 rumbos,
 alcanzará tu juventud perpetua
 y humilde o grande se plantará en el
 mundo
 como tu voz en medio de la selva.

Carlos PELLICER CAMARA
 Brasil-Argentina, Cataratas del Iguazú
 el 22 de octubre de 1922.

quedado atrás, ¿verdad? Otro país que fascinaba era el lejano Japón con sus *geishas* delicadas, sus ceremonias del té y sus templos de pagoda.

En las páginas contiguas a las de las bodas dignas de ser fotografiadas, las imágenes de la guerra. Los avances del ejército inglés, alemán o francés, los cañones poderosos, los cientos de miles de muertos regados en el campo de batalla... La Gran Guerra devastaba a Europa y la dejaba en ruinas, el hambre se hacía sentir en el papel brillante de buena calidad de los primeros números de la revista. En medio del horror, a manera de antídoto, surgían rostros ingenuos, de ojos inmensos y pestañudos, de bocas diminutas... Eran los de las enfermeras voluntarias, con más aire de tipleras que de enfermeras devotas.

A la manera de una de sus revistas inspiradoras, *L'Illustration*, el semanario francés que se publicó entre 1843 y 1944, *El Universal Ilustrado* quería contarlo todo. Hacía traducciones de obras de escritores célebres como Guy de Maupassant, Lord Byron, Voltaire, André Gide, Oscar Wilde o Nietzsche. "El calendario de la semana" publicaba el santoral y las misas impor-

tales en cada iglesia de la ciudad. Las reseñas musicales disecaban a Berlioz y a Mozart, y ofrecían también partituras de Manuel M. Ponce. La sección "Entre bambalinas y bastidores" se dedicaba a los espectáculos, a las fotografías de escenarios de teatro, y a las entrevistas de actrices extranjeras de visita en nuestro país. El lector curioso podía aprender a bailar los nuevos ritmos como el charlestón, el *fox-trot*, el *shimmy* (su versión en *slow*) o el *toddle* que llegaban directamente de Yanquilandia. ¡Fácil! Las ilustraciones al margen mostraban los pasos a seguir. O podía enterarse de cómo se vivía en otros lares, en Turquía o en Hungría. "Fémina" ayudaba a las lectoras a confeccionar un gorrito de muselina para dormir, un carmín para labios, un alfilerero en forma de corazón o un jardín acuático; aconsejaba al ama de casa hacer ejercicios gimnásticos para mantener la figura, dónde adquirir buenos zapatos, corsetería de seda o figurines; instruía sobre cómo organizar un *dancingtea* o adquirir buenos modales para recibir al marido por las noches, que sin lugar a dudas, había de volver a casa molido por el trabajo.

Una mañana de junio de 1917, Hipólito Seijas se cansó de entrevistar a los famosos, le dejó el género a su colega Florián, que estuvo encantado con la idea de charlar con las tipleras, como Mercé de Paz, "la argentina" o Gloria Swanson, "The Vamp". Se fue no muy lejos, a la Escuela Nacional Preparatoria, a entrevistar a su portero casi inventariado, Panchito Belmont. Sin buscarlo, había nacido una nueva crónica urbana que habría de ocupar un lugar importante en la revista. Se hablaba ya entonces del peligroso barrio de Tepito, de los billeteros, los mendigos o las escamocheras —vendedoras de una mezcla de las sobras fritas de los restaurantes—. Unos años después, las entrevistas serían a José Vasconcelos, Dr. Atl, Saturnino Herrán, Diego Rivera y Sarah Bernhardt.

La moda, ah, la moda, ¡cuántas páginas dedicará la revista a tan importante tema! Desde los sombreros de la reina María Antonieta hasta el corte de pelo *à la bob*, nada faltará. La mujer mexicana emancipada ¿debía tener hijos o no?, ¿fumar? —sí, pero "Delicados" —, ¿trabajar tantas horas como los hombres?, ¿emular a las francesas que contaban con una profesión? —y eran secretarías, telefonistas, conserjes, meseras y, por qué no, ¡escritoras!—. La poeta argentina Alfonsina Storni publicó, en enero de 1920, un poema, "Me atreveré a besarte", donde expresaba su deseo carnal. Mientras, el fotógrafo Napoleón brindaba a los tímidos *voyeurs* un abanico de curiosas bañistas: las deportistas en mini shorts oscuros, las púdicas con vestido de olanes de organdí, corsé, gorro impermeable, rizos postizos y crayón en los párpados. Un mes antes, en Estados Unidos, la actriz Dorothy Phillips fue procesada por filmar una película indecorosa, "El

tercer sexo”. ¡Un escándalo para los defensores de la decencia! El casto y pobre de entendimiento padre Beltrán, un miope de rostro apergaminado, párroco de la iglesia de la colonia Santa María la Ribera, se dedicaba a medir la extensión de los escotes de las muchachas —“lindas como pecado recién nacido”— antes de permitirles entrar a misa (reportaje de Francisco Zamora, alias Jerónimo Goignard, en su sección “Mundo, demonio y carne”, septiembre de 1920).

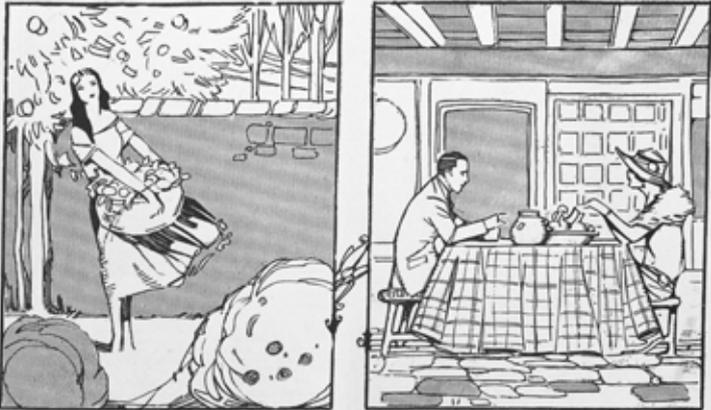
“¿Hasta qué edad una mujer lo es realmente?”, vuelvo a leer la primera frase de un ensayo sin firma, dos veces. Hasta los 28 años, responde el mismo autor sin empacho y con afirmaciones científicas, porque después, la pobre deja de tener los labios de rubí y la tez de lirio. Finalmente, creo que prefiero vivir en la época de las píldoras para adelgazar...

En Europa y Estados Unidos la guerra había orillado a las mujeres a entrar al mercado del trabajo, mientras sus hombres estaban en las trincheras. En México muchas habían seguido a la tropa como soldaderas, algunas habían alcanzado incluso grados militares. Acaallados los cañones, tras la firma del armisticio, un nuevo conflicto estalló. Se enfrentaron las “trenzudas” y las “pelonas”: las mujeres abnegadas, hadas del hogar, guardianas de los valores familiares, *versus* las que pretendían votar, ganar un sueldo y ser dueñas de su propia vida. Las “pelonas” mexicanas se inspiraban en sus vecinas norteamericanas, las *flappers*, mujeres independientes que conducían autos, caricaturizadas en la figura de Betty Boop. La *flapper* yanqui exhibía las pantorrillas a la expectación pública, lucía un suéter ajustado e indiscreto, se embriagaba con *Mint Julep*, a la manera de Daisy, la heroína de *El gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald. Hacia 1925, mientras un aeroplano alcanzaba por fin el Polo Norte, Arthur Hammersstein contrató a un pintor francés, Charles Le Maître, para ahorrarse los pares de medias de seda de sus *girls* en los teatros de Nueva York, y las *flappers* se tatuaron las piernas. La propuesta causó furor: serpientes, flores y hojas frondosas de tintas multicolores subían por las corvas y muslos que se asomaban bajo una falda nimia. Otra extravagancia del momento, ¿qué hacer con todas aquellas melenas sacrificadas, aquellas trenzas asesinadas? Abrigos y trajes de baño, sugirió Mister Boxer, un *coiffeur* ruso, radicado también en la Gran Manzana. Así las osadas actrices del cine mudo sustituyeron las motas de sus pieles de leopardo por ondulados y sedosos trajes hechos con pelo de mujer (debió de haber sido deleitable friccionarse contra el de una rival).

La “pelona” buscaba impactar con su dramatismo propio, a través de figuras como Lupe Marín —“la compañera ideal y legal de Diego Rivera”— o Nahui Ollin, mujeres que llamaron la atención de Tina Modotti, aunque Nahui declarara en una entrevista que:

“Los hombres detestan a la mujer literata, no porque escriba, sino porque es una tonta con mucha gramática” (*El Universal Ilustrado*, 18 de octubre de 1923). El famoso peluquero francés —otro— de apellido profético, Monsieur Labarbe, no imaginó nunca que al rasurar las nuca de sus clientas para dejarles un corte a la altura de las orejas, crearía el *nec plus ultra* de la Eva moderna. Pff, suspiraba Jaime Torres Bodet, partidario del chongo y la castaña, pasará... como todas las modas. “¿Por qué le prohíbo a mi mujer cortarse el pelo?”, explicaba un concienzudo lector convertido en reportero espontáneo. Carlos Noriega Hope, quien asumió la dirección de la revista en marzo de 1920 y colaboraba en ella de manera asidua, se divertía hasta lo indecible con el debate. Publicó, en agosto de 1924, una plana con las fotos de los escritores más famosos de la época: José Vasconcelos, Julián Carrillo, Alfonso Reyes, Antonio Caso, entre otros, y a todos les puso un corte de pelo *flapper*, con flequillo o rizos logrados con tenaza eléctrica. Tal vez ese buen humor lo llevó a realzar por primera vez los textos de la revista con tintas de colores. Surgieron a partir de ese mismo número y para siempre, el púrpura, rosa, rojo, amarillo, verde, entrelazados a la tinta negra.

El Universal Ilustrado



Ultimos Poemas de
JAIME TORRES BODET
EXCLUSIVOS PARA EL UNIVERSAL ILUSTRADO
DIBUJO DE BOLANOS CACHO

Naranjas

Naranjitas de China,
naranjitas doradas
que caen, maduras,
al corral de mi casa
de una casa vecina,
rodando, por las tapas...

Naranjitas de oro
que traen, en su canasta,
una niña que viene
cantando desde el alba:
Naranjitas de China,
¿no me compra naranjas?...

¡Ay, cómo me recuerdan
el soler de mi casa,
con el color alegre
de sus hojitas agrías!

¿Cómo me dice cosas
de mi escuela lejana
esa niña que viene
vendiendo unas naranjas!

Naranjitas de China,
¿no me compra naranjas?...

Sol... canciones... arrullos...
¡Esa niña que pasa
no comprada que, a gritos,
va vendiendo mi infancia!

Invitación

Esta noche, amada, no regresaremos...
a cenar a casa, como acostumbramos.
Vamos a quedarnos a tomar merienda
en cualquiera de estas casas de aldeanos.

Hallaremos uvas crocantes y redondas,
peras largas como dedos suplicantes
y, en un barro fino, una miel tan fresca
que deje en la taza bromas de panales.

Esta noche, amada, no regresaremos
¡Nos fatiga tanto lo que conocemos!
Vamos a quedarnos a cenar en una
de estas chonas leche con queso de tuna.

Sobre un lecho angosto dormiremos luego.
Junto a mi alma ardiente tu boca de fuego...
¡y tus ojos llenos de agua verde y honda
como un río manso bajo de una fronda!

Y será una dicha despertar temprano
al oír al perro ladrar a la puerta,
cuando el sol apenas alce sobre el llano
una sombra larga como de ala abierta.

Y, en un vaso tosco de cristal corriente,
beber un gran sorbo de leche cocida,
olorosa a yerbas, dulce y transparente
como el aire fresco de la amanecida...

42

© Agencia EL UNIVERSAL

Nada de esto le quitaba el sueño a Rafael Heliodoro Valle, quien publicaba lo que le venía en gana, como su cuento de lo más irreverente: “La visita de los sátiros (Reyes Magos) al Niño-Dios”. Nada de esto impidió que la liviana Cube Bonifant (Antonia de su nombre de pila) escribiera: “soy una chica de diez y siete años, completamente feliz”. Con su mordaz sentido del humor, Cube metía su nariz de quilla orientada en los *sets* de cine, las calles de la ciudad, las fiestas, para deleitar a sus pícaras lectoras en su sección “Sólo para mujeres”. En ella, Cube admitía con desparpajo que no le gustaban los niños, ni las flores, ni las cartas de amor. Era una digna “pelona”, una *flapper* a la mexicana, “un polluelo que aleteaba en vuelos de mujer inmadura”, según José Juan Tablada. Su colega, Blanca de Montalbán, además de dedicarse a hablar de peinados y chaquiras, vivía episodios de coquetería desenfrenada a través de su perrita “Claudina”, a falta de poder nombrar a sus propios novios en las páginas de *El Universal Ilustrado*. Cube permanecería a cargo de su columna durante varios años, renombrada “Confetti”, mientras Blanca de Montalbán abandonaría la sexualidad frustrada para dedicarse a responder los correos e inquietudes, en “Al oído de mis lectores”.

Eso era *El Universal Ilustrado*, una revista multifacética y brillante como las lentejuelas de los zapatos de tacón de carrete de las *midinettes* que aspiraban a bailar y cantar como María Conesa. “La gatita blanca”, dicho sea de paso, no perdía la oportunidad de robarse las portadas, entre cuplé y cuplé: —“Yo tenía un compañero que la manía tenía de comprarse un organillo, hasta que por fin se lo compró, y estaba el muchacho loco de placer, dándole al manubrio a más no poder, y aunque le decía que no fuera a abusar, él nunca quería dejar de tocar, pero al fin y al cabo se cansó de darle y en los huesos se quedó” (sí era el manubrio, ¿o de qué hablaba?)—. En atuendo de Manola española, con tocados de abanico de plumas o de bronce, sonreía la felina tiple mostrando sus dientitos rapaces, dispuestos a masticar a la competencia: Lupe Rivas Cacho —la “divina Lupe”, gran intérprete de los tipos populares, la china, la charra...—, Esperanza Iris —dueña de un teatro que llevaba su nombre— y Dolores Asúnsolo, quien además de la mantilla posaba con un puro en la boca. “La gatita blanca” también presumía su reciente adquisición: un coche Durant modelo 1922.

Había números temáticos, como la conmemoración de la Toma de la Bastilla, el País Vasco, Sinaloa, Nayarit o Yucatán, o sobre la Semana Santa y Navidad, pero “nunca bajo pedido” como lo precisaban los diferentes directores de la revista. Se publicaban entonces poemas, reportajes, fotografías, recetas de cocina, etcétera... relacionados con el país o el Estado invitado. En noviembre de 1918 apareció un número

especial: al fin se firmaba la paz, se acababa la maldita guerra. La revista tenía un nuevo director, Xavier Sordano, que integró a su equipo periodistas como Francisco Ugarte y Apolonio Toledo, ilustradores como Saturnino Herrán, David Alfaro Siqueiros y Antonio Gedovius, escritores como Julio Jiménez Rueda, Manuel Puga y Acal, Salvador Díaz Mirón, José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno y otras decenas de plumas prestigiosas que poblarían sus páginas. Conforme pasaron los años cambiaron los nombres de las secciones, pero el contenido seguía siendo el mismo; surgieron nuevos temas: la fiesta taurina, el arte cinematográfico, las caricaturas, el juego de ajedrez, el espiritismo o la hipnosis. Algunas veces se colaba con enjundia una nota amarillista: el asesinato de una joven madre con todo y bebé en Mixcoac o la captura de un estrangulador recalcitrante.

En 1919 se habló de la muerte del Zar y de la subida de Trotsky, los “amarillos” blandían la bandera bolchevique. Un tal Charles Chaplin triunfaba en las pantallas de cine del mundo entero —pasaría su luna de miel en Guaymas, en 1925, según consta en las fotografías de la revista—, y el restaurante Prendes era “*the place to be*” en la capital mexicana. Anna Pawlova y las bailarinas de su compañía ofrecían entrevistas exclusivas a *El Universal Ilustrado*. Muchos lectores quedaban subyugados, como aquel nevero que abrió la heladería “Pawlova” en la calle de Madero número 20, en donde un cuarteto tocaba a diario, a las seis de la tarde, las piezas preferidas de la bailarina rusa. La estrella, a su vez, encantada de su estancia en México, montó un espectáculo en Nueva York, “*Mexican Folk-Dances*” (entre las cuales destacaba el Jarabe tapatío), que estrenó a finales de 1920 en el Manhattan Opera House. David Alfaro Siqueiros dibujaba en sus portadas el eterno femenino, estilizado y al fin depurado del marco floral del *art nouveau*. Una tendencia que habría de desembocar en el *art déco*, cada vez más presente en la tipografía del semanario. José Juan Tablada innovaba con su poesía “ideográfica” (la descripción de una palmera sólo podía escribirse/dibujarse con forma de palmera), inspirada en el movimiento cubista; Rafael Heliodoro Valle —quien fungía como corresponsal desde Washington o Nueva York cuando no entrevistaba a Gabriela Mistral— compartía con él los espacios dedicados a la poesía.

Arrancaba la década de los veinte con un súbito optimismo, un evidente crecimiento económico y la modernización de la industria. Florecían el jazz, el charleston, el radio y el cine, se imponía una nueva estética arquitectónica de formas geométricas, se desarrollaban medios de transporte rápidos, como las locomotoras y los aeroplanos. Todo quedaba registrado en las páginas de *El Universal Ilustrado*.

El Movimiento Estridentista en 1922

*
Por Manuel Maples Arce
*



LA revolución social de México no fue una convergencia, el impulso dinámico del pueblo y el esfuerzo integral de los escritores.

Al terminar la revolución, por razones de orden estructural, la primera quedó vacante en la sociedad, y esta, que en materia social y económica formaba "un bloque", en cuestiones literarias y estéticas, por falta de procedimientos técnicos, no era una suma revolucionaria. Los pocos intelectuales que heredaron los procedimientos técnicos de la cultura intelectual agudizó sus sentidos y la revolución social se agudizó y todo se hizo, se trató un momento de que, como consecuencia directa de la Vuelta, el movimiento literario hiciera un salto de calidad.

A los procedimientos estéticos, no correspondió ninguna agitación exterior. En México, los escritores y pintores del movimiento estridentista sufrieron la inercia del momento literario. Los mismos días el grupo de escritores en Alemania. Pero los intelectuales mexicanos permanecieron inmóviles. En el extranjero se nos siguió juzgando por la «culturación» de los escritores mexicanos, escritores emocionales y técnicos, escritores, agitados a través de revistas por algunas publicaciones literarias.

Para las inquietudes neo-revolucionarias, la revolución literaria y las manifestaciones literarias. Frente a un estancamiento que nosotros hemos aceptado y que se reflejaba en una sociedad mexicana interiorizada. Nuestra actitud política se reflejó en nosotros también poetas estridentistas.

Los que formamos el redactor grupo de la revista social de México, social para hacer un movimiento estético, haciendo un llamamiento a todos los escritores y escritores de la nueva generación para que vieramos a sumar sus esfuerzos dentro al esfuerzo general del movimiento estridentista—estridentista, representativo revolucionario—que venía a profundizar un ideal decimonónico, que era necesario imponer sobre todas las consecuencias de la época decimonónica, como valientemente afirma Rafael López. En el extranjero, fue mayor el interés. Así, en México, casi no nos había oído. Por eso y o lo que le dieron nuestra protesta, a título de certidumbre representativa. Pero desde entonces, así como cuando se habló de estridentismo, se habló de estridentismo, en el que se intentó a su vez haber sido el día de los que con más entusiasmo se movió cuando se habló de estridentismo. Todo el mundo habló estridentista. Todo el mundo habló estridentista con anterioridad las mismas tendencias. Todo el mundo



no había, cuando agitado por los mismos.

Entre nosotros, había una palabra difícil, pero en cada uno de los nuevos tendencias, pero más allá de las manifestaciones de estos nuevos escritores, no quedaba nada más que hacer. Nuestra actitud política se reflejó en nosotros también poetas estridentistas.

Los que formamos el redactor grupo de la revista social de México, social para hacer un movimiento estético, haciendo un llamamiento a todos los escritores y escritores de la nueva generación para que vieramos a sumar sus esfuerzos dentro al esfuerzo general del movimiento estridentista—estridentista, representativo revolucionario—que venía a profundizar un ideal decimonónico, que era necesario imponer sobre todas las consecuencias de la época decimonónica, como valientemente afirma Rafael López. En el extranjero, fue mayor el interés. Así, en México, casi no nos había oído. Por eso y o lo que le dieron nuestra protesta, a título de certidumbre representativa. Pero desde entonces, así como cuando se habló de estridentismo, se habló de estridentismo, en el que se intentó a su vez haber sido el día de los que con más entusiasmo se movió cuando se habló de estridentismo. Todo el mundo habló estridentista. Todo el mundo habló estridentista con anterioridad las mismas tendencias. Todo el mundo

ño”), las secretarías (“La Señorita Remington”), los féretros o la leche. Más adelante, publicarían Carlos Pellicer, Joaquín Méndez Rivas, José Gorostiza, entre muchos más.

La sección “Notas literarias”, firmada por Juan de la Sena, alias del poeta José D. Frías, se encargaba de elegir al mejor poeta del año o de presentar reseñas. Era un espacio que completaba otra columna, “Los libros que nos envían”, cuyo nombre evolucionaría a “Libros y revistas que nos llegan”, a cargo de Salvador Novo. Las columnas “Letras francesas”—por Xavier Villaurrutia o Manuel Maples Arce—, “Letras serbias”, “Letras húngaras” o “Letras españolas” ofrecían un amplio panorama literario allende nuestras fronteras.

Fernando Bolaños Cacho, ilustrador de publicidad, firmó muchas de las portadas de la revista. Arqueles Vela integró el equipo de colaboradores como editorialista. En febrero de 1921, Rafael Lozano se explayó sobre el “endemoniado Dadá”, el movimiento artístico nacido en Suiza que se había puesto de moda en París, gracias a Francis Picabia y Tristán Tzara. El tono estaba dado: toda expresión literaria tendría un espacio en el semanario de *El Universal*.



LA NOVELA SEMANAL

Bajo la dirección de Carlos Noriega Hope, la revista dio un nuevo giro. Era un editor dinámico de 24 años, reportero, crítico de cine, autor de la película *Una flapper*. Entró a trabajar con Palavicini casi por accidente, para suceder a una mujer, hecho inusitado para la época, María Luisa Ross. Formado en Los Ángeles, California, veía en sus lectores un hato de consumidores potenciales de bienes nacionales. Con el fin de sustituir al folletín y a las novelas por entrega, ideó *La Novela Semanal*, un suplemento de *El Universal Ilustrado*. El primer número salió el 2 de noviembre de 1922. Ya en 1917 el semanario ofrecía una novela por folletines, traducciones de Alphonse Daudet, Pierre Loti o León Tolstoi. Pero Carlos Noriega Hope quería dar la palabra a los autores mexicanos a través de una publicación gratuita (venía incluida con el semanario) y de circulación inmediata, lo cual era una verdadera innovación en el periodismo nacional.

Hasta finales del siglo XIX habían sido pocas las novelas de pura cepa mexicana. A partir de *Los bandidos de Río Frio* de Manuel Payno, publicada en folletines en Barcelona en 1889 y luego en México en 1892, florecieron las novelas nacionales. En la década de los veinte la oferta de las revistas literarias también era escasa, se pueden mencionar: *Vida Mexicana* (1922-1923), *Antena* (1924), *La Falange* (1922-1923, dirigida por Jaime Torres Bodet), *Zig-Zag* (1920-1922), *Revista*

Nueva (1919), *Irradiator*, que Maples editó junto con Fermín Revueltas y que apareció sólo en tres ocasiones (1923), y *Horizonte*, publicada en Jalapa (1926-1927).

La Novela Semanal que arrancó con *La Comedianta*, de G. Martínez Nolasco, supo insertarse en el campo cultural del país, en un México fragmentado, empobrecido, víctima de una lucha fratricida que habría de marcar para siempre su historia. La publicación ofreció al lector títulos de lo más diverso, desde la novela corta estridentista, cuyo mejor ejemplo es *La Señorita Etcétera* del guatemalteco Arqueles Vela, hasta la primera reedición por entregas de la simbólica obra de Mariano Azuela *Los de abajo* (abril de 1925) “la gran sensación literaria del momento”, “la verdadera novela de la Revolución”, como la presentó el semanario en su editorial. A lo que Mariano respondió en entrevista: “No, no les van a gustar mis novelas, son rudas, sin estilo”.

Destacaron también las novelas *La llama fría* de Gilberto Owen (agosto de 1925), *Estéril* de Manuel Gamio (marzo de 1923), *Dantón* (diciembre de 1922), *Alma de niño* (abril de 1923), *La hermana pobreza* (enero de 1925) de Francisco Monterde García Icazbalceca, *El caso vulgar de Pablo Duque* de Manuel Horta (marzo de 1923). Se podía hablar de todo, pero Noriega Hope impuso ciertas condiciones: la novela debía limitarse a un formato de 32 páginas, en medidas pequeñas (15.5 por 11.5), ser inédita y firmada por un autor mexicano. Así vieron la luz novelitas —el diminutivo se refiere al número de caracteres y no a la calidad de los textos— policiacas, costumbristas, históricas, fantásticas, indigenistas o experimentales. Fueron ilustradas, conforme a los cánones estéticos de la época, por artistas como Jorge Duhart, quien estaba a cargo de la dirección artística del semanario, Guillermo Castillo alias “Cas” y Andrés Audiffred, autor de muchos de los “monos” de *El Universal Ilustrado* y de varias de sus portadas.

La Novela Semanal era una propuesta que existía en otros países como Colombia y España, pero Noriega Hope esperaba hacer una propia. No se trataba de hablar de charros y chinas poblanas —muy presentes en el semanario—, jícaras de Uruapan o talavera de Puebla. Se buscaba crear una obra nacional que trascendiera los estereotipos y pudiera ser considerada universal. Promover una identidad y una belleza propias. El mismo periódico encajaba con este movimiento, y como ejemplo destacó el concurso de la “india bonita” de 1921, que buscaba valorizar a la mujer autóctona. Lo ganó María Bibiana Uribe, una auténtica “meshica” de la sierra de Puebla, que no hablaba español, bordaba fundas de almohada en punto de cruz para su Juan y usaba —así rezaba el pie de la fotografía— jabón “Flores del campo”. Ese mismo año, el con-

curso de la Cenicienta mexicana lanzó un reto a los zapateros de toda la ciudad y *El Universal Ilustrado* publicó entre sus páginas el patrón con el tamaño ideal de la zapatilla (¡y me queda!). Llegaron al diario decenas de pares de zapatos color de luna, rojos encarnados, verdes bandera, rosas malvavisco y amarillos refulgentes. La ganadora fue una zapatilla de ante negro con un broche rectangular incrustado de diamantes al frente. Luego, todas las chicas de la comarca competieron para probárselo y mostrar, enfundado en medias de seda de París, el pie más bello, debidamente fotografiado. Aquello entretuvo a los lectores de *El Universal* durante semanas...

Sin embargo, y a pesar de la presencia de más de cuarenta autores mexicanos, la producción nacional no daba para llenar las páginas de *La Novela Semanal*. Al cabo de un año, debieron incluirse entre sus páginas textos de escritores extranjeros. En 1926, agotadas las expectativas literarias y las subvenciones que aportaba la publicidad, Carlos Noriega Hope suspendió la colección. Hoy sus más de cien novelitas son muy difíciles de hallar; tal vez descansen en el estante de la biblioteca de algún acertado coleccionista.

¡VIVA EL MOLE DE GUAJOLOTE!

El Universal Ilustrado fue el cuadrilátero donde se confrontaron las opiniones de contemporáneos y estridentistas. Era necesario, en primer lugar, responder a una pregunta fundamental: “¿Existe una literatura moderna mexicana?”. Sí, afirmó José Vasconcelos, aunque todavía en formación. Los literatos intentaban demostrar que, en efecto, existía. Sólo que cada uno tenía su idea del cómo.

Los llamados “contemporáneos” pertenecen a una generación de escritores que publicaron su obra en el semanario entre 1919 y 1935, entre ellos Salvador Novo —y su humor lacerante—, Xavier Villaurrutia —y su fineza—, Gilberto Owen y Jaime Torres Bodet. Eran “aquellos guerreros que libraban otra forma de batalla contra la reducida visión nacionalista, despreciadora de una cultura que no naciera de la pólvora y las cananás”, analiza Vicente Quirarte, eran “hijos de una tierra de sangre y arena, tuvieron que aceptar el reto de un país que exigía —acaso sin saberlo— su talento para la construcción de un nuevo mapa espiritual”. Aquella generación, que terminó por ser considerada de escritores “clásicos”, buscaba inspiraciones en la literatura europea para llevar a las letras nacionales a niveles universales. Siendo tan escasa la oferta de literatura propia, los contemporáneos tenían pocos ejemplos a seguir. Y como lo explicó el propio Salvador Novo, “en la escuela se invitaba a los alumnos a odiar

a los españoles y a despreciar a los sajones, a aprender francés con delicia y a aceptar sin discutir la idea de que los Estados Unidos tenían rascacielos y opresión capitalista” (*El Universal Ilustrado*, 5 de junio de 1924).

Los contemporáneos debían hacer propuestas propias, a partir de la aceptación de otras influencias y desde una postura crítica. La cultura mexicana debía trascender las fronteras no por un sentimiento de nacionalismo exacerbado mal entendido, sino por el valor intrínseco que ésta era capaz de aportar al ser humano. Jorge Cuesta creía que la época inmediatamente posterior a la pacificación de la República era propicia al cambio. Todo estaba por hacerse, tanto en el ámbito político como en el intelectual. El caos de una democracia recién nacida habría de rendir sus frutos en aquella ferviente búsqueda.

También los estridentistas hicieron su propia propuesta. A finales de diciembre de 1921, un joven estudiante de leyes, Manuel Maples Arce, tapizó los muros del Centro de la Ciudad de México con un manifiesto: “El comprimido estridentista (Actual No. 1)”. Junto a los carteles de corridas de toros y programas de

teatros, el poeta pegó su grito subversivo. Era un acto nunca visto antes. Maples Arce quería mandar a Chopin a la silla eléctrica, provocar la erupción del Popocatepetl, cagarse en la estatua del general Zaragoza, “bravucón insolente de zarzuela”, y echar al apetito voraz de los zopilotes a todos los que no estuvieran con él. Ahí nomás. Aunque para algunos se tratara de una propuesta opaca y extravagante, copiada acaso de otros movimientos de la época como el futurismo, el cubismo o el dadaísmo, con el tiempo “estridentizar” se volvió un verbo. “¡Viva el mole de guajolote!” se convirtió en un grito —irónico— de guerra. Porque para Maples Arce el estridentismo no podía ser “una escuela, ni una tendencia, ni una mafia intelectual, como las que aquí se estila, el estridentismo es una razón de estrategia. Un gesto. Una irrupción” (*El Universal Ilustrado*, 28 de diciembre de 1922).

La reacción no se hizo esperar. “El estridentismo fue un grito, o un eco de un grito. ¿Para qué?” —escribió Salvador Novo—, “el joven no grita para demostrar lo que es. El joven se ríe, se alegra, danza, juega. Gritan dos especímenes opuestos: el salvaje y el que se ha vuelto loco de civilización” (*El Universal Ilustrado*, 11 de octubre de 1928). José López Portillo y Rojas, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, lo veía como “una enfermedad de los espíritus que flota en el aire que todos respiran” (*El Universal Ilustrado*, 8 de mayo de 1923). Villaurrutia, por su parte, reconoció que el estridentismo había “logrado rizar la superficie adormecida de nuestros lentos procesos poéticos” (*El Universal Ilustrado*, 29 de abril de 1926). Una poesía que Maples veía “como un tendajón mixto lleno de tepalcates románticos, todo menos original que un tabor de la basura”.

No es que unos fueran poco hombres y los otros muy machos, o unos patriotas y los otros malinchistas. Buscaban lo mismo para el devenir literario del país, pero de diferente manera.

No se trataba sólo de exponer una creatividad desenfrenada a través de la provocación, sino de ofrecer una respuesta única, y nacional de preferencia. El estridentismo incitaba a sus seguidores a sumergirse en el mundo que los rodeaba, porque el arte sólo podía ser relevante gracias a su contexto. Entre sus seguidores estaban músicos como Manuel M. Ponce y Silvestre Revueltas, artistas plásticos como Diego Rivera y Leopoldo Méndez. A través de manifiestos, revistas ilustradas y literarias, libros, los estridentistas pretendían exponer un movimiento estético que permeara las élites literarias. Maples Arce hizo otra cosa nunca antes vista: en su manifiesto puso una fotografía de sí mismo: un dandi con el negro pelo engominado, labios gruesos bien delineados, frac brillante y una margarita en el ojal, con más aires de Rodolfo Valentino que de poeta



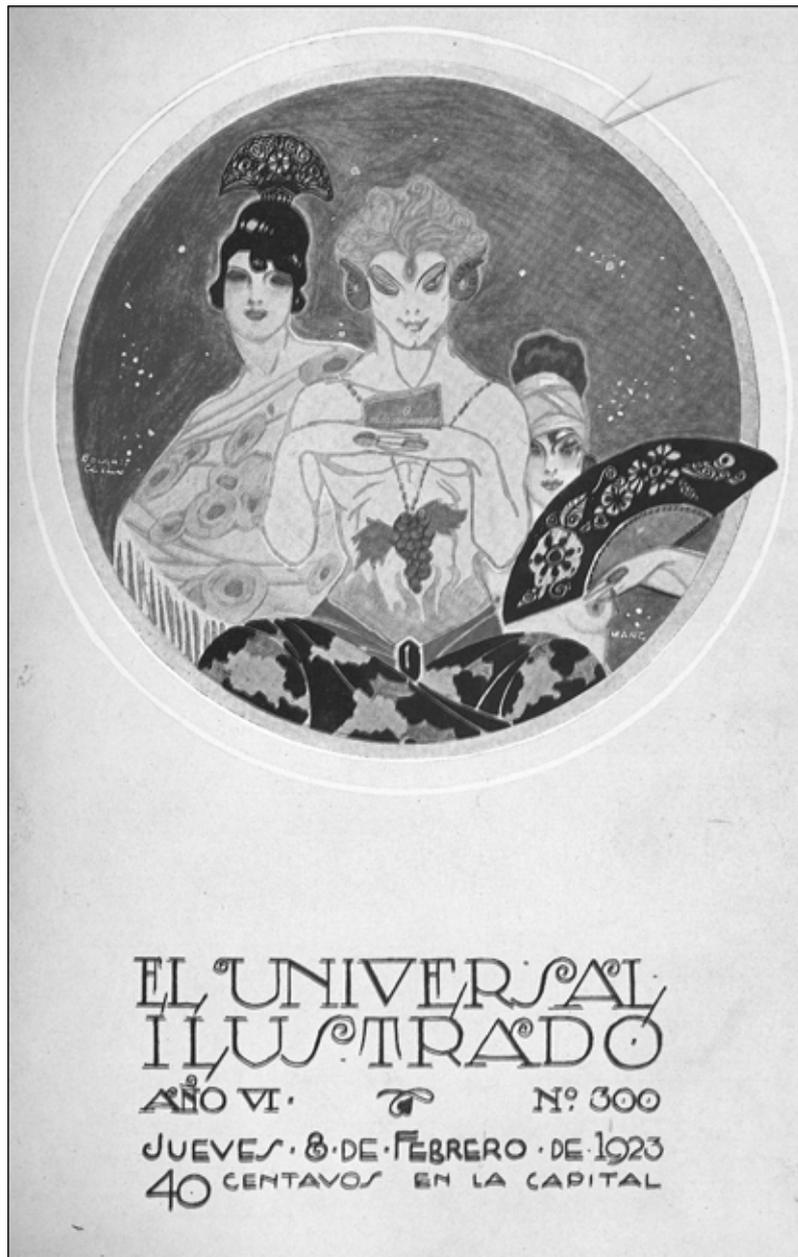
maldito. El de pinta de actor de Hollywood encajaba bien entre los consumidores de *El Universal*: “pelonas” y dandis sedientos de confort moderno, electricidad en casa, auto en la puerta, cigarros finos, perfumes, remedios para mejorar la salud sexual... Y cuando no diseñaba manifiestos o asistía a las inauguraciones de Diego Rivera en la Escuela Nacional Preparatoria, Maples Arce se pasaba las tardes jugando al cubilete.

El primer reportaje sobre el estridentismo apareció en las páginas de *El Universal Ilustrado* el 24 de agosto de 1922. Hasta 1925, Manuel Maples Arce, apodado por Gregorio Ortega “nuestro apóstol”, firmó con frecuencia varios de los textos de la revista, llegó a contar incluso, a partir de enero de 1924, con una página literaria, el “Diorama estridentista”. Maples Arce se sirvió del semanario para promover su movimiento; sin embargo, como él mismo reconoció, en el extranjero fue mejor recibido que en México, donde a juicio del poeta el público era apático, poco propenso a exigir nada.

Un ejemplo emblemático del estridentismo fue *La Señorita Etcétera*, de Arqueles Vela, publicado en diciembre de 1922, en la colección de *La Novela Semanal*. Concentraba en su esencia toda la feminidad, a las mujeres todas reunidas en una sola. Era tan extraña en su composición, a pesar de sus escasas páginas (ni siquiera 32 porque había que incluir las ilustraciones), que podía provocar el rechazo o la aceptación del lector. “Nosotros nos lavamos las manos... Cada quien opine según su personal criterio y concédase, al menos, a este ecléctico suplemento de *El Universal Ilustrado* el raro mérito de hallarse abierto para todas las tendencias, contemplando serenamente todos los horizontes”, escribió Carlos Noriega Hope para presentarla.

Unos años después, Arqueles Vela afirmó que el movimiento estridentista tenía una sonrisa propia, como la tenían otras corrientes, parnasiana o postimpresionista. “Nuestra sonrisa es una sonrisa deportista. Usamos las raquetas del humanismo para mantener los conceptos y las frases en el aire idealista de los campos intelectuales, en una reciprocidad admirable, sin tocar la red de la realidad” (Arqueles Vela, “La sonrisa estridentista”, *El Universal Ilustrado*, 24 de diciembre de 1925).

Después de esta declaración de Vela, el movimiento empezó a desfallecer en la capital. Cuando se graduó de abogado, Maples Arce se mudó a Jalapa donde fue contratado por el gobernador de Veracruz, Heriberto Jara, primero como juez y luego como su secretario particular. En Veracruz, Maples Arce fundó Ediciones del Horizonte, y uno de los primeros títulos publicados por la casa editorial fue *El movimiento estridentista*. Con la anuencia de Jara, Maples contrató



a varios de sus compañeros en el gobierno, entre ellos Germán List Arzubide y Ramón Alva de la Canal, lo cual le valió a Jalapa ser apodada “Estridentópolis”, hasta que el gobernador fue sustituido en 1927 y la sonrisa se desvaneció.

El Universal Ilustrado es uno de los testigos más valiosos con los que ha contado el país durante el periodo de entreguerras. De la literatura a la fotografía, de la caricatura a la crónica, del debate al ensayo, todo lo abarcó. Sus dos décadas de entrega al acontecer cultural de México son un delicioso paseo por cientos de vericuetos históricos —me permito aquí parafrasear a uno de sus directores emblemáticos, Carlos Noriega Hope—, cargados de frivolidad profunda e incontestable trascendencia. **U**

Mi mayor agradecimiento a Angélica Navarrete, coordinadora de documentación y archivo fotográfico del diario *El Universal*, así como a su equipo, por permitirme el acceso a los archivos de *El Universal Ilustrado* (1917-1926).